Dimensión Ecuménica de las Lenguas Clásicas

I

La comprensión de un idioma, así como su dominio técnico y práctico, es un fenómeno intelectual que sobrepasa el mero enriquecimiento individual del espíritu. El hombre moderno, abocado por múltiples razones históricas a la ineludible comunicación extranacional, comienza a descubrir en el lenguaje una función sociológica, un instrumento de solidaridad universal y una fuerza de cohesión humana dentro del pluralismo ideológico en que ha cristalizado de modo particular la cultura europea. Se podría hablar del *hombre católico de la cultura,* cuando se consiguiera abarcar en una personal armonía intelectual la triple vertiente de realización humana de Europa —con su proyección americana—, Africa y Asia.

En la historia espiritual de Occidente fue un Padre de la Iglesia, San Jerónimo, el primer hombre que realiza ese ingente esfuerzo de adunar la triple mentalidad de la cultura mediterránea, concretada en su tiempo a través de la lengua griega, latina y hebrea. Este *homo trilinguis* constituye una revolucionaria novedad en el siglo IV de nuestra era. La tradición romana de las versiones griegas, iniciada por Livio Andrónico (siglo III a. C.) con la latinización de la Odisea, primera traducción artística en la historia de nuestra cultura, adquiere una nueva dimensión histórica. San Jerónimo es el primer hombre universal del mediterráneo. La seriedad y exactitud de su esfuerzo intelectual queda patente en la personal anécdota de hacerse limar los dientes por manos de un rabino, a fin de emitir con perfección fónica una letra sibilante de la lengua hebrea. El movimiento ecuménico cultural, a base de la

Universidad Pontificia de Salamanca

imposición de una lengua común al mundo antiguo, clave del proyecto imperialista de Alejandro Magno, experimenta en San Jerónimo una rara inversión individual. Por primera vez acepta conscientemente un hombre culto la existencia de tres idiomas y se sirve de su dominio para fijar relaciones exactas del espíritu. Hablar con hebreos en hebreo, con griegos en griego, con romanos en latín, fue un acto de ecumenismo intelectual, ya que la comprensión original y comunitaria de un idioma entraña, lógicamente al menos, una aproximación desinteresada e imparcial a las fuentes comunes del pensamiento.

II

La tríada clásica de las ciencias del espíritu, filología, filosofía y teología, con su diversidad temática dentro de la varia representación de nacionalidades, exige del hombre moderno la directa comunicación y discusión de problemas, arrancando del perfecto dominio de las lenguas. Si el desarrollo de la técnica ha dado al mundo actual un rostro común, al crear la posibilidad de una existencia humana igual en todos los continentes, la ignorancia, en cambio, de otras culturas, actuales y pasadas, en las que enraiza nuestra presencia histórica, divide todavía los espíritus. La historia de la teología latina, confrontada con la griega ortodoxa, en continua polémica de teorías y argumentos filosóficos, es acaso el más trágico signo de la división de la Cristiandad. La teología católica, segura de sí misma en sus más diversas corrientes, cimentada en las macizas columnas del pensamiento platónico y aristotélico, ha ignorado durante centenares de años la vertiente más bíblica, más evangélica, de la teología ortodoxa bizantina, a la que ha combatido con terquedad digna de mejor empresa. Escasos han sido, por otra parte, los conocedores del pensamiento teológico de la Iglesia ortodoxa, cuyos maestros escriben aún en griego clásico bizantino. La posibilidad de aproximación ideológica quedó mermada por el desconocimiento de aquella teología y por la confianza en la única y auténtica interpretación del dogma cristiano entre los teólogos latinos.

Frente a esta nota trágica del intelectualismo cristiano se alza hoy vigorosa la aspiración ecuménica de una Iglesia universal y unida. El *ecumenismo*, movimiento carismático vivificado actualmente, sobre to-

Universidad Pontificia de Salamanca

do, por las Iglesias separadas de Roma en los Congresos del *Consejo Mundial de las Iglesias*, constituye el hecho más importante en la historia del espíritu cristiano de nuestro siglo [1]. La actitud inicialmente negativa de la Iglesia católica respecto a esta tendencia ecuménica, con su estimable esfuerzo de cooperación interconfesional desde el año 1910 [2], puede considerarse ya oficialmente superada en el *Secretariado para la Unidad de los Cristianos*, creado por Juan XXIII en su decreto *Superno Dei nutu* (5 de mayo de 1960). El Concilio Vaticano II amplió esta perspectiva católica del Ecumenismo. Por último, el doble encuentro del Papa Pablo VI con Atenágoras y otros patriarcas de las Iglesias orientales, ha consagrado definitivamente la voluntad y aspiración de realizaciones efectivas. En su fraternal saludo al patriarca Atenágoras subrayó recientemente Pablo VI los medios de la futura colaboración ecuménica: *la oración, la renovación cristiana basada en las fuentes comunes, y el diálogo.* De esta colaboración, cultivada en el contacto leal, brotará la confianza mutua para suprimir las causas de la división cristiana. Esta trascendental iniciativa del Papa Pablo VI respecto a la Iglesia ortodoxa, puede considerarse como más prometedora, si se compara con la actitud menos positiva en lo que afecta a las relaciones con otras Iglesias protestantes, cuya separación ideológica es mucho más compleja. La existencia de la misma vida sacramental y dogmática de estas dos Iglesias hermanas, como ha dicho Pablo VI, la ortodoxa y la católica, hace más viable el diálogo en la caridad.

Analicemos el problema. El diálogo ha de realizarse partiendo no sólo del respeto mutuo, sino, más aún, del conocimiento de las fuentes comunes. Es notorio que la Iglesia ortodoxa, por la materialidad de su lengua oficial, la misma en la que se escribió el Nuevo Testamento, se encuentra en contacto más vivo y directo con las fuentes escritas de la revelación. El sacerdote griego ortodoxo puede afortunadamente leer la palabra de Cristo en el ropaje literario del texto original, sin acudir a las versiones auxiliares. Este contacto inmediato ha determinado en gran parte la dirección de la teología bizantina, menos especulativa, pero más entrañadamente bíblica, así como su función kerigmática. La homilética

1. La *Instructio Catholica* del 20 de diciembre de 1949, «Acta Apostolicae Sedis» 42 (1950), designa el movimiento ecuménico como nacido de la inspiración divina, *afflante Spiritus Sancti gratia.*
2. Cf. Lexikon für Theologie und Kirche, VII, p. 1.130 ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

ortodoxa construye preferentemente su reflexión dominical en la lectura directa de los grandes Padres de la Iglesia griega, lo cual no puede afirmarse por igual del sacerdote latino respecto a los Padres de la Iglesia occidental, a los que no puede leer directamente por la incuria a que ha llegado el cultivo de esta lengua y por haberse considerado la patrística en los Seminarios católicos como mero objeto de disquisición y referencia biográfico-histórica.

La apelación casi mágica de «*vuelta a las fuentes*» seduce hoy justamente las mentes del joven profesorado y de los nuevos aspirantes al sacerdocio, para quienes se ha hecho sospechoso, con razón o sin ella, toda clase de *ismos* intelectuales de la teología. Sanamente se busca el contacto directo con la Biblia y los Padres de la Iglesia, acercándonos de este modo a la actitud secular de la Iglesia ortodoxa. Con ello las aspiraciones de *Ecumenismo* se abren a una perspectiva fructuosa. Pero el sacerdote latino debe conquistar, si quiere ser *ecuménico*, la relación directa con la Palabra de Dios en la misma forma en que a ella llega el sacerdote ortodoxo. La posesión y la comprensión del mensaje común de las fuentes, escritas en una misma lengua, adquiere de este modo el rango de verdadera dimensión ecuménica. Una estadística sobre el conocimiento de la lengua griega entre los aspirantes al sacerdocio nos ofrecería un panorama tristísimo. A este fenómeno de desintegración cultural ha contribuido no sólo la secular improvisación del profesorado de Humanidades clásicas, sino también la corriente moderna estatal de los bachilleratos con estructura preferentemente técnica, que hoy se van incorporando con desacierto en los centros de formación eclesiástica. La nueva consciencia de *ecumenismo* con la Iglesia ortodoxa tendría de reflejarse, por nuestra parte, en la capacitación intelectual del sacerdote católico que, en el fecundo trabajo de su espíritu, pueda comprender y vivificarse en la lectura original del texto neotestamentario y de los Padres griegos y latinos. De lo contrario el grito de *vuelta a las fuentes* no deja de ser sino pura ilusión, cuando realmente sólo se tendría contacto con más o menos bellas *tuberías*, con las *traducciones*. La experiencia personal de haber leído un texto evangélico en comunidad de trabajo con un sacerdote ortodoxo fue ocasionalmente para mí eficiente muestra de un nuevo clima de colaboración ecuménica. La Sagrada Escritura, comprendida en su redacción original, se convierte en vehículo de entendimiento con la Iglesia griega.

Universidad Pontificia de Salamanca

El Episcopado católico, llamado hoy a la responsable misión del gobierno universal de la Iglesia, verá como tarea de objetivo ecumenismo la preparación de planes de estudio y formación eclesiástica, en los que la lectura inmediata del texto revelado pueda servir al sacerdote de continua fuente de enriquecimiento bíblico y patrístico.

III

Erróneo sería pensar que la afortunada introducción de las lenguas nacionales en la liturgia católica suspende la eficacia de esa formación sacerdotal al servicio del Ecumenismo. La Iglesia latina no ha obligado a sus sacerdotes a aprender algo de latín y unas pocas nociones de griego, para que puedan adivinarse, más o menos, las preces y textos de la misa. Su intención fue siempre crear *ministros auténticos de la Palabra,* comprendida y vivida en la lectura inmediata. Esta es la primera e insustituible ciencia bíblica y eclesiástica.

Los varios recelos con que fue acogida la Constitución Apostólica *Veterum sapientia* de Juan XXIII, que insistió en la obligatoriedad del estudio de las lenguas griega y latina, prestarían actualmente un mal servicio a la colaboración ecuménica con la Iglesia ortodoxa. Casi todo el Nuevo Testamento, además de la liturgia y de los escritos de muchos Padres, se desarrollaron en la lengua griega. Así lo recordaba el Papa Juan XXIII en su alocución del 22 de mayo de 1959 a los Reyes de Grecia: «En Nuestro pensamiento reviven los años de nuestra formación clásica, por la que tanto debemos a las insuperables obras maestras con que Grecia antigua enriqueció el patrimonio cultural de la Humanidad... Esquilo, Sófocles y Eurípides, Jenofonte y Demóstenes, han nutrido y encantado a Nuestra juventud. Algunas de sus obras no nos han abandonado desde entonces y ocupan todavía hoy un puesto de honor en Nuestra biblioteca... Pero de modo especial no podríamos olvidar que varios de los Pontífices Romanos de los primeros siglos, Nuestros predecesores en la Sede de Pedro, tuvieron por patria a Grecia... Precisamente en griego escribieron San Pablo y tres de los cuatro evangelistas; en griego hablaron y escribieron a su vez los genios de la edad patrística, con los que en nuestros años de estudio y enseñanza tuvimos un contacto tan familiar: un San Gregorio Nazianceno, un San Basilio, un San Juan Crisós-

Universidad Pontificia de Salamanca

tomo, esos gigantes sobre los que se construyó el edificio posterior de la teología, así en Oriente como en Occidente [3].

Bajo esta perspectiva histórico-literaria, puesta de relieve por Juan XXIII, es preciso reparar que la comprensión más honda del mensaje cristiano pende en no pequeña medida del acercamiento científico al mundo de representaciones ideológicas y culturales, que laten en el lenguaje del Nuevo Testamento y de los Padres griegos. Aspectos sociológicos del pensamiento y modo de vivir griego están continuamente presentes en multitud de formulaciones literarias del Nuevo Testamento y de las obras patrísticas. El conocimiento y apropiación fructuosa de este hecho histórico exige el estudio básico del mundo clásico y de la lengua en que se injertó el fecundo árbol del cristianismo. Continuando un lema de la filosofía estoica, exhortaba San Pablo, el apóstol de los griegos, en su carta a los fieles de Filipos, a aceptar todo lo bueno, honesto, santo y justo, que descubriesen en el ambiente cultural y humano el hombre cristiano (*Phil.* 4, 8).Innumerables y diversas representaciones del mensaje cristiano en San Pablo y los Padres griegos, sobre todo, sólo pueden ser suficientemente comprendidas en el estudio y comparación con la literatura helenística, de cuya sabia se nutre todavía la teología ortodoxa. Es cierto que el mensaje cristiano no está condicionado ni limitado a ninguna cultura concreta. Pero trasmitirlo en el más ecuménico y universal pensamiento, en el lenguaje griego, su comprensión exacta y originaria depende del perfecto conocimiento del mundo antiguo. Esta consciencia de íntima cohesión del mensaje cristiano con el pensar helénico está ya viva en San Justino, que descubre la presencia del Logos en la obra intelectual de Grecia, que él califica de *testamento de la razón*, ya que con los griegos nace para la Humanidad una reflexión de valor perenne. No porque Grecia sea modelo único e ineludible de lo humano, sino en cuanto que ese pensamiento, germen de la civilización universal y del futuro progreso técnico del mundo, constituye un impulso constante en nuestra vida actual. En el estudio de la literatura griega descubrimos los gérmenes de nuestro pensar moderno y de su fructuosa incorporación antropológica al Cristianismo. La revelación de este hecho en cada época de la historia ha producido un revivir del pensamiento humano y de múltiples realizaciones empíricas e ideo-

3. «Act. Ap. Sedis» 51, 22 de junio 1959; cf. «Ecclesia» 19 (1959), sábado 30 de mayo, p. 8.

Universidad Pontificia de Salamanca

lógicas. Bastaría recordar que, frente a las ideas de dominio y absolutismo de otras civilizaciones, la cultura girega nos suministra los modelos incitadores de un pensar autárquico, que defiende al hombre con las ideas del derecho, de la reflexión filosófico-teológica y de la autonomía literaria. Esclarecidos por el mensaje evangélico, por los escritos apostólicos y patrísticos, los ideales del pensamiento griego impulsan a aclarar nuestra existencia, a comprender mejor nuestra situación actual, a configurar nuestro porvenir como hombres. Estos impulsos recibidos de Grecia, modificados y universalizados más aún en Roma, constituyen un hecho histórico de perenne capacidad formadora, que se apoya en la realidad de una cultura común.

Resulta obvio que la peculiaridad y originalidad del mensaje evangélico sólo cabe descubrirlas y valorarlas históricamente en la consciente comparación con el pensamiento y formas de vida de la antigüedad clásica. Este presupuesto científico no ha cesado de ponderarse en los planes oficiales de estudio de la Iglesia latina, si bien su realización no ha obtenido todavía cumplimiento efectivo [4]. Ocioso es recordar, a partir de San Agustín con su tratado *de doctrina christiana*, el ininterrumpido catálogo de exhortaciones y ordenaciones, urgiendo el estudio de las lenguas clásicas. El valor último de estas exhortaciones no debe medirse, en nuestra opinión, en la fuerza y obligatoriedad externa o jurídica con que fueron promulgadas. Su persuasiva eficacia estriba en la convicción de que el futuro sacerdote, alejado y privado de estos estudios, empobrece su vida espiritual, al no poder llegar a las fuentes bíblicas y patrísticas de un modo personal y directo, ahogando los impulsos personales y las fecundas resonancias íntimas y carismáticas, que pueden despertar en el contacto inmediato con el texto sagrado y en su exacta valoración frente al mundo antiguo. Con razón decía Pío XII a los Profesores Carmelitas en su alocución del 13 de septiembre de 1951: «La lengua latina y griega, en las que nos han llegado, desde los primeros tiempos del cristianismo, tantas obras eclesiásticas, son un tesoro de

4. La continua exhortación a estos estudios fue expresada de modo especial en las *Ordinationes* de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades referentes a las Constitución Apostólica de Pío XI, *Deus scientiarum Dominus*, 24 de mayo de 1931, *AAS*, vol. 23. En esas Ordinationes, corroboradas por Juan XXIII —*Veterum sapientia*— se declara como únicas disciplinas principales del bachillerato humanístico la Religión, la lengua y literatura latina, griega y patria: *praeter convenientem institutionem religiosam et linguas litterasque latinas, graecas, patrias, quae disciplinae praecipuae sunt.* AAS, vol. 23, 1 de julio de 1931, núm. 7, p. 266.

Universidad Pontificia de Salamanca

valor incomparable; por lo cual el sacerdote, que las ignora, padece una lamentable pobreza intelectual» [5].

El estudio de estas lenguas, como fundamental preparación a la comprensión más honda y directa del texto bíblico y de la patrística, exige una revalorización de esas lenguas en nuestros centros docentes, con profesorado de nivel universitario, desterrando la injuriosa improvisación a que estamos acostumbrados. Unos pocos años de enseñanza teológica a cargo de profesores improvisados serían suficientes para comprobar el descrédito en que caería esta disciplina sagrada. Talmente ha ocurrido en la docencia de las lenguas clásicas. La misión de estos estudios en la formación eclesiástica no es martirizar las mentes juveniles con deficientes métodos de enseñanza, que no sobrepasan los límites del aprendizaje de declinaciones y de unas pequeñas frases, que no capacitan para la lectura individual de textos. El momento ecuménico actual de la Iglesia latina en su importante relación con la griega debe ser apoyado en el conocimiento de la lengua neotestamentaria, base primera de la mutua comprensión y del fructuoso diálogo.

Nuestros Seminarios han de fundamentar seriamente el Bachillerato humanístico, deben ofrecer en sus Cursos Superiores el pensamiento filosófico del mundo antiguo y coronarse en el estudio de la teología con nuevas Cátedras de Patrística y teología ortodoxa bizantina, en las que el sacerdote latino pueda individualmente remozar su espíritu en las fuentes comunes y primeras y disponerse así al diálogo bíblico con la *Iglesia hermana*. Con ello tenderemos eficazmente a la meta última del Ecumenismo con la Iglesia griega: al abrazo de Oriente y Occidente. La posesión intelectual de la lengua y cultura clásica y de su continuación, el Nuevo Testamento, es el horizonte real donde cabe claramente captar una nueva y fecunda dimensión ecuménica.

ALFONSO ORTEGA

5. Cf. *AAS* 43 (1951), p. 737.

Universidad Pontificia de Salamanca